

temas de hoy.

CURRI VALENZUELA

SOLA

Índice

Portada

Cita

Primera parte. Jacinto

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Segunda parte. La guerra

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Tercera parte. Teresa

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Capítulo XXXIII

Capítulo XXXIV

Capítulo XXXV

Créditos

*No dejes que termine el día sin haber crecido un poco,
sin haber sido feliz,
sin haber aumentado tus sueños.
No te dejes vencer por el desaliento.
No permitas que nadie te quite el derecho a expresarte,
que es casi un deber.
No abandones las ansias de hacer de tu vida algo extraordinario.*

WALTER WHITMAN

PRIMERA PARTE

Jacinto

I

También estaba roto el mojón que señalaba el kilómetro, que había sido el 23 de la carretera comarcal, pero que ahora aparecía cruzado por una grieta, aplanado por la parte de arriba y sin el número dos. «¿Cómo se puede romper la piedra?», pensó Teresa mientras cerraba los ojos, una vez más por miedo. La vieja tartana había girado a la izquierda, pasado el portón abierto de entrada a la finca y enfilado el camino de tierra que llevaba a la casa. Teresa sólo se atrevía a vislumbrar entre los párpados entornados la silueta de lo que recordaba como su hogar. La forma perfectamente rectangular, las paredes blancas, el techo de tejas ennegrecidas por el tiempo, el mirador sobre la puerta principal, el cenador adosado a la alberca. Uno, dos, tres, cuatro, contó la sombra de los grandes álamos que, sí, seguían en pie y se mecían al paso del carromato como si se fueran a desplomar sobre él de puro viejos. Pero habían aguantado como tantas cosas, tanta gente.

Cuando la tartana se detuvo ante el edificio, junto al enorme sauce, la sarga de toda la vida, ya no tuvo más remedio que mirar de frente. La casa estaba donde siempre. Igual que siempre, no. La madera del portal había sido quemada; los cristales de las ventanas aparecían rotos; las rejas, arrancadas de cuajo. No quedaba en pie ni la parra, tan necesaria para refrescar la entrada en los días de tanto calor como ése. El estanque permanecía vacío y entre las losetas que lo rodeaban habían crecido las malas hierbas. La pérgola de ladrillo se encontraba desnuda, desaparecida la madreselva que la cubriera en otros tiempos.

—He encalao la fachada para que la señora no tenga que leer lo que habían pintao... Lo usual —afirmó Manolo, mientras bajaba del pescante de un salto y ayudaba a Tere-

sa a descender—. Con lo de dentro se ha hecho lo que se ha podido. La María ha estao viniendo varias tardes hasta dejarlo apañado... Si quie' entrar...

—Gracias, Manolo, gracias. A María dile que se pase por aquí cuando pueda, que le he traído de Madrid unas cosas y las niñas están deseando verla...

«Dios mío —se dijo a sí misma—, tengo que dejar de pensar en Manolo como Manolo el Tractorista. ¡Si ahora no tenemos ni tractor!»

—¡Niñas...! —Se volvió hacia la tartana.

Las niñas. Teté, alta para sus once años y siempre tan ágil, ya había descendido por el otro lado del carro y perseguía a un gato dorado por los escalones de piedra que llevaban a la era, a punto de perder la capota blanca de piqué, a juego con el vestido de mangas de farol, ambos igual de blancos que los zapatos y los calcetines de ganchillo. Isabel, redonda de formas, un año menor y con muchos menos gramos de osadía que su hermana, el mismo atuendo, los tirabuzones empapados de sudor asomándole bajo el sombrerito, dudaba si bajar o no. Su tía Concha surgió entonces con toda su inmensidad del asiento trasero y la tomó en sus brazos.

—Ay, pobrecita mía, ven aquí, cordera, tú no hagas caso de nada que oigas ni nada que veas, que Dios va a castigar a los que mataron a tu papá y todo esto es nuestro otra vez porque María Santísima así lo ha querido, porque vosotras sois unas niñas buenas, que os merecéis lo mejor...

Teresa entró en la casa mientras escuchaba de lejos la letanía de su cuñada, sin ganas ni fuerzas de pedirle una vez más que cesara en su intento de convertir a las niñas, sobre todo a Isabel, en unas pacatas. Había demasiado que ver y demasiado que hacer. El viejo portón cedió a la primera, sin necesidad de meter por su cerradura ninguna llave. El zaguán seguía siendo el mismo, con el alto zócalo de azulejos de Talavera con dibujos de pájaros en azules y verdes, el gran perchero sin nada colgando de él, los sillones de mimbre alineados junto a la pared, la escalera con pasamanos de hierro, el enorme farol de gas suspendido del te-

cho. Sólo echó de menos el cuadro del Perpetuo Socorro que recordaba colgado toda la vida sobre el largo banco de madera, al que, se fijó detenidamente, le faltaba una pata, aunque se mantenía de pie.

—Bueno —se dijo—, no parece que una guerra haya pasado por aquí.

Tomó el pasillo del fondo y fue derecha a la cocina. Estaba limpia y le pareció vacía, sin rastro de las cestas con panes y hortalizas que cubrían en otros tiempos la gran mesa central sobre la que Manolo ya estaba disponiendo lo que traía en el zurrón: una hogaza de pan blanco, medio queso, un puñado de huevos, un montón de tomates y unas pocas peras.

—Que me he tomo la libertad de hacer un huerto al lado del arroyo para que estuviera listo para cuando usted viniera. Pero fruta en los árboles hay entoavía poca y las peras andan verdes —explicó Manolo mientras Teresa iba ya camino del comedor. Al entrar, sorprendió a un ratón corriendo hacia la gran chimenea, dentro de la cual cabía una persona de pie, pero eso le pareció lo de menos. Por lo demás, seguía tal cual la mesa de caoba casi negra, sus doce sillas, que contó de una en una, y el aparador. Éste, vacío. Ni rastro, fue comprobando mientras abría los cajones, de la vajilla de porcelana, heredada de su madre, que tío Federico trajo en barco de Inglaterra y que a él le daba pie para contar, frente a una copa de coñac, sentado ahí mismo, cómo había estado a punto de naufragar al poco de zarpar de Southampton tras un bombardeo alemán durante la Primera Guerra Mundial.

—Para acordarme de guerras estoy yo hoy —murmuró Teresa en voz alta.

Dejó de hacer inventario de lo desaparecido, estaba claro que en aquel aparador ya no encontrarían nunca más cobijo la cubertería y los candelabros de plata, la cristalería regalo de bodas y hasta la vajilla portuguesa de diario. Algo que, por otra parte, a esas alturas de un 20 de julio de

1940, a ella no le parecía que fuera, ni mucho menos, lo más importante que hubiera desaparecido de su vida en los últimos cuatro años.

Eso hacía, cuatro años exactamente, desde que lo último que había hecho en esa casa fuera esto que repetía ahora mismo, después de tanto terror, tantas muertes: sentarse a la mesa, en su silla de costumbre, de espaldas a la ventana, de cara a la chimenea. Callada. Sin saber qué hacer. Ahora, por primera vez sola.

Entonces, hacía cuatro años, estaba Jacinto, sentado frente a ella, comiendo en silencio los dos. Revuelto de pisto, chuletas de cordero y patatas fritas. Pan blanco. Agua fresca. Podía recordar el mantel, bordado con margaritas, los platos con bordes amarillos, las copas grandes de cristal azul. Hacía el mismo calor seco, sofocante, y algunas de las avispas que tenían la manía de instalarse cada verano dentro de la persiana del comedor andaban revoloteando por encima de la mesa, dando vueltas alrededor de la lámpara de velas. La cara de su marido, aparentemente tan serena como siempre, con aquellos ojos inquietos que se levantaban a cada minuto para mirar por la ventana, detrás de ella. Y, sobre todo, cómo lo iba a olvidar, el momento en el que Manolo irrumpió como un trueno, sin ni preguntar «¿se puede?», la voz descompuesta.

—Que vienen, que sí que vienen a por el señor, que han salido de Villanueva en varios carros. Que tien armas. Que yo mismo les he visto. Que...

Entonces estaba Jacinto. Y Teresa sólo había tenido que cumplir con lo que él había previsto para cuando llegara lo que había llamado varias veces «el momento». (O ¿«el momento» era lo otro, cuando ocurriera el alzamiento? «En qué disquisiciones se entra cuando se tiene tiempo», pensó Teresa.) Unos planes hechos sin contar con ella que el marido iba cambiando conforme leía los periódicos atrasados que llegaban a sus manos o escuchaba las noticias que Manolo había oído en su pueblo, El Pozo, la noche anterior. En ellos su mujer sólo tenía un papel secundario e invariable. Que fue el que representó mientras su antiguo tractorista

voceó desde el quicio de la puerta «vamos, vamos, vamos...»: subir al dormitorio de las niñas, despertarlas de la siesta, colocarse a cada una de ellas entre un brazo y una cadera, como si se tratara de cántaros, no hacer ni caso de los lloros y los pataleos, y mira que chillaron y dieron patadas, bajar así las escaleras sin prisa para no resbalar y porque su corazón, pum-pum, pum-pum, apenas sí le permitía echar un pie y luego otro y acomodar a las pequeñas en lo alto del carro que para entonces Jacinto tenía colocado junto al gran sauce.

—Vamos, vamos, vamos... —siguió vociferando Manolo el Tractorista mientras llevaba las riendas y el carro enfilaba por el camino hacia la carretera, unos pocos metros que se le hicieron eternos.

Uno, dos, tres, cuatro, los viejos álamos dando la sombra que apenas necesitaban, luego el paso por el portón de la finca, que se quedó abierto. Viajaban casi enterrados entre montañas de heno. Teresa se ocupaba de que las niñas tuvieran espacio para respirar. Iba apartando las pajas de sus cabecitas, mientras ellas lloraban cada vez con más ahínco. Hacía cada vez más calor. En aquellos momentos de angustia, la breve marcha hasta El Pozo le había parecido horas. Jacinto, que de poco en poco también sacaba la cabeza para mirar hacia atrás, gritó de pronto:

—¡¡Callaos todos!!...

Teresa se sobresaltó y tuvo que abandonar de golpe sus recuerdos porque en ese instante oyó un grito aún más fuerte que provenía del otro lado del zaguán. Salió corriendo del comedor y entró en la salita. Concha estaba arrodillada en medio de la habitación, Isabel agarrada fuertemente de una mano, a su lado en la misma postura, Teté intentando desasirse de la otra. Frente a ellas tres, la cortina que comunicaba la habitación con la capilla permanecía parcialmente descorrida. Una rápida ojeada convenció a Teresa de que tenía que volver a cerrarla cuanto antes. Mientras lo hacía, tuvo tiempo de observar por unos segundos el pene pintado sobre los ropajes de la talla de san Isidro Labrador y el sagrario sin puerta lleno de cosas oscuras.

—¡Sacrilégio! ¡Sacrilégio! —bramaba Concha.

—Le tenía que haber advertido que la María ahí no se atrevió a entrar... —se intentaba excusar Manolo.

Las niñas lloraban. «¿Será posible que estas niñas nunca vayan a dejar de llorar?», se dijo Teresa. Concha empezó a rezar el Trisagio dándose golpes en el pecho, «santo, santo, santo...». Manolo intentaba explicar de nuevo que la María no había tenido el valor de adecentar la capilla. Aunque siempre había sido buena moza, Teresa decidió subirse a una silla para lo que quería hacer, que fue chillar más fuerte que todos ellos:

—¡¡Callaos todos!!

Funcionó. Como Jacinto cuatro años antes, consiguió que se callaran todos.

—A la cocina a comer. Mañana llamamos al cura, que venga y consagre la capilla. Y tú, Concha, reza lo que quieras, pero sin asustar a las niñas.

Aprovechó que se había quedado sola en el salón para hacer un repaso de su estado. Los dos tresillos de madera situados uno frente al otro necesitaban fundas nuevas. El sofá que siempre había estado colocado delante de la chimenea del fondo también; aunque su tapicería no parecía rota, ¿quién se iba a sentar donde lo hubieran hecho aquellos quienes fueran que ocuparon aquella casa durante casi tres años? Pilas y pilas de libros se amontonaban a los dos lados de la puerta; enseguida reconoció las enciclopedias médicas de Jacinto y varias de sus novelas favoritas. A su lado, las librerías permanecían vacías. A Teresa le habían contado que la casa había estado habitada por quienes ocuparon la finca. Supuso que dedicaron las estanterías para guardar otras cosas. Pero al menos no habían utilizado los libros para encender la chimenea, que tenía impolutos los azulejos idénticos a los del zaguán que adornaban su contorno.

Salió de la estancia sin volver a acercarse a las cortinas de pesado terciopelo marrón que la separaban de la capilla, las que se abrían los domingos de verano en los que el cura de Villanueva venía a decir misa y todos, familia delan-

te, trabajadores detrás, ocupaban la sala para escucharla. A Teresa le recorrió el cuerpo un escalofrío al recordar a sus padres en los reclinatorios de primera fila; a ella misma, su hermano y sus primos sentados en segundo término, en el banco largo que traían del zaguán. Ahí había hecho la primera comunión, en ese mismo sitio se había casado con Jacinto.

—Demasiados recuerdos para una sola mañana —se dijo mientras tomaba otra vez el camino de la cocina.

Almorzaron los huevos pasados por agua porque no tenían ni aceite para echarlos a freír, el queso con el pan y las peras, las cuatro sentadas en taburetes alrededor de la mesa de la cocina. Las niñas calladas, muy asustadas las dos, Concha refunfuñando en voz baja cada vez que se levantaba a dejar un plato en la pila («Gana tú una guerra para acabar comiendo en la cocina; para ver y no creer...») y Teresa, como de costumbre, haciendo como que no la escuchaba. Hacían falta muchas manos, y las de su cuñada eran fuertes, para la tarea que les aguardaba aquella tarde: abrir las cajas con los enseres llegados de Madrid, airear los colchones de lana de borraja encargados de antemano y colocarlos en las camas, limpiar los baños con aguafuerte («por si acaso»), colgar sus ropas en los armarios y volver a comer sobre la mesa de la cocina, ahora una cena de rodajas de tomate con más pan y el resto del queso.

—Es una cena frugal si la comparamos con aquellas de sopas de almendras, croquetas de jamón, tortillas camperas y leche frita que tantas noches tomamos tú y yo en esta casa antes de que... —recordó Teresa con nostalgia.

—Entonces cenábamos en el comedor —interrumpió Concha.

—Pero ¿a que hace poco más de un año nos hubiera parecido manjar de dioses este pan, este queso, estos tomates...?

Tendría que dedicar un poco de su escaso tiempo a hablar en serio con su cuñada, empeñada en buscar el lado negativo de cada episodio de sus nuevas vidas. Las dos habían pasado por momentos terribles. No tenían que olvi-

darlos. Pero cada vez que la veía así, tenía que reprimirse las ganas de agarrarle por los hombros y gritarle: «¡Estamos vivas! ¿No te parece bastante?».

Cuando terminaron de cenar, aún con luz del día, tomó a las dos niñas de la mano y les propuso dar un paseo. Las había visto seguirla toda la jornada, de habitación en habitación, mientras aireaba colchones y fregaba baños, con aquellas caritas de susto y pena que le partían el alma. Sin duda recordaban los veranos felices pasados junto a su padre, interrumpidos por aquella precipitada huida para salvar sus vidas; los armarios antes llenos de juguetes y ahora vacíos; las risas de pequeños y mayores en el gran caserón que habían encontrado casi destrozado.

—Vamos a coger peras —les propuso.

Echaron una carrera hasta el primer peral que encontraron en el camino que llevaba al río y las dejó que treparan, se pusieran perdidos sus trajes de piqué, varearan las ramas con los bastones que había llevado y tiraran los frutos hasta el suelo, de donde luego los recogieron las tres. Las peras estaban verdes, habría que dejarlas al sol antes de hacer compota con ellas, pero Teté e Isabel se lo habían pasado de lo lindo.

Regresaron cansadas, acarreando la fruta entre los pliegues de sus faldas, mientras volvían a cantar a trío como en los viejos tiempos, listas para lavarse e ir derechas a la cama.

—Papá también me llevaba a coger peras. Y me trajo un pato para que se bañara conmigo en el estanque —contó Teté mientras Teresa la arropaba.

—Papá tampoco va a venir aquí, ¿verdad? —preguntó Isabel.

—No, tonta —le reprochó su hermana—. Papá está en el cielo. Y se pone muy contento de ver que jugamos con mamá. Mamá, ¿tú me vas a comprar un pato?

Teresa dijo que sí y se propuso buscar un pato cuanto antes para celebrar que alguien de la familia había salido, al fin, a ella.

Al caer la noche aún tuvo otro trabajo que hacer, convencer a Manolo de que se volviera a Villanueva; él no quería dejar que durmieran solas en aquella casa tan grande y tan alejada del pueblo. Teresa le aseguró que la mejor manera de ayudarlas era volver a primera hora de la mañana siguiente con los avíos que le había encomendado en una larga lista. Y, como tantas otras veces antes y después, acabó por convencerle. Concha le despidió con una docena de advertencias de que no fuera a regresar sin el cura, bajo castigo de pecado mortal para todos. Al salir, Manolo se aseguró de que las mujeres quedaran encerradas con las llaves y las trancas echadas en la puerta principal y en la de la cocina.

—Prométame que no se le va a ocurrir abrir la puerta y salir a ver qué noche hace, que usted es muy suya... —advirtió el antiguo tractorista, ya subiéndose al jumento.

—Ay, Manolo, tú siempre con tus cosas... —fue la respuesta del otro lado de la puerta.

Se acostaron, cada mujer con una niña en una cama, las cuatro en la habitación principal, la de la bóveda en el techo, el gran armario con puertas de espejo, el suelo de madera y el tocador francés. No sin sobresaltos. Primero, porque Concha se empeñó en alumbrar con el quinqué por debajo de las camas para asegurarse de que allí no había persona ni animal alguno y lo que hizo fue prender fuego en una colcha, que tuvieron que llevar en llamas hasta la bañera, Isabel dando gritos de miedo y Teté de excitación. Luego, cuando se hizo el silencio en la habitación, porque lo que se oía nítidamente eran las carreras de roedores bajo la tarima del dormitorio.

—Eso que se escucha, ¿son...? —interrogó Concha.

—Los pasos de nuestros ángeles de la guarda, que van a pasar la noche acompañándonos para que no nos suceda nada malo —replicó rápida Teresa.

Cuando las niñas se hubieron dormido y su cuñada roncaba como tenía acostumbrado, la dueña de la casa se levantó muy despacio, salió hasta el pasillo antes de pren-